RÉMI-MICHEL MARIN-LAMELLET

CUANDO YA NO SABEMOS ORAR

La voz de los océanos

EDICIONES SÍGUEME
SALAMANCA
2025

Imagen de cubierta: Willem Witsen, *Landschap met een boerderij in de schemering* (entre 1884 y 1887), y de las guardas: Arthur Bowen Davies, *Landscape with Clouds*

Tradujo Mercedes Huarte Luxán del original francés
Comme la voix des océans. Quand nous ne savons plus prier

© Les Éditions du Cerf, 2024
© Ediciones Sígueme S.A.U., 2025
C/ García Tejado, 23-27 - 37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN: 978-84-301-2280-6
Depósito legal: S. 345-2025
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

Buenas tardes,

Con frecuencia
se me pasan cosas por la cabeza
y me digo: ¿y si se las confiara a Dios?

No lo consigo.

Me digo: nadie me oye,
esto es ridículo,
hablo en el vacío.

Al mismo tiempo, creo en Dios.

Pero todo esto es tan complicado…
Envidio a los que saben rezar.

Siento mucho
compartir todo esto con usted
cuando no nos conocemos
y usted no me ha preguntado nada.

Mensaje recibido
el 13 de noviembre de 2013,
a las 19:14 horas

ALGUNAS PALABRAS PARA COMENZAR

Existe un cansancio que no es corporal. Otro, por el contrario, el cansancio bueno, el de una larga caminata a través de la montaña, es benéfico y permite dormir. Hay un cansancio que procede *de una carne y un corazón gastados*, como un cuero demasiado viejo, difícil de doblar. No es aversión ni desinterés, es falta de fuerzas. Seguimos haciendo lo necesario para vivir, pero las cosas más simples son las que más nos pesan. Es agua estancada sobre un tejado. Es nuestra vida espiritual. Nos acecha el abatimiento y una voz nos murmura al oído lo que ya repetía a Moisés: *Te vas a agotar por completo, y también el pueblo que está contigo. La tarea es demasiado pesada para ti, no puedes realizarla solo* (Éxodo 18, 18).

Cuando entré en la vida religiosa me sorprendió que hubiera días en los que no conse-

guía rezar. Yo creía que, al actuar la gracia, una vida consagrada era una vida perfecta de ferviente oración. En realidad, hay muchos oficios litúrgicos y misas en los que la bendición final me hace volver en mí. Yo estaba allí, pero estaba lejos. Hice todo lo que había que hacer, pero estaba ausente. Me dejé llevar. Toda mi vida está reglamentada en torno a la oración, se hace todo para favorecerla… y he fracasado en cumplir aquello a lo que estoy dedicado.

Hay momentos de gracia, por supuesto, sobre todo los retiros que realizamos a lo largo del año. Por ejemplo, desde que vivo en Suiza intento ir, como mínimo una vez al mes, al convento de nuestras hermanas dominicas de Estavayer-le-Lac. Cada media hora sale un tren desde Friburgo. El sábado me levanto pronto y desayuno en silencio; salgo, las calles están todavía tranquilas, hay poca gente en la estación. Durante una media hora, en un vagón desierto, cruzo los campos verdes del cantón. Vacas, granjas, más vacas y largas franjas de bosque. En primavera todo está cubierto de dientes de león. Llego a la estación de Estavayer. Camino cinco minutos hasta llegar al monasterio. Me reciben las hermanas, conversamos y lue-

go me dejan una habitación para ese día. Participo en sus oficios litúrgicos sentado en uno de los duros banquitos que utilizan, aunque a mí me ofrecen un pequeño cojín que atempera la incomodidad. Sus plegarias acompasan la trayectoria del sol. A mediodía, almuerzo con ellas en silencio, mientras escuchamos una lectura espiritual. Duermo la siesta. Leo. Escribo. En ocasiones, las ayudo con el jardín; en otras, aprovecho para dar un paseo por la orilla del lago de Neuchâtel. Dios está allí en todas partes. Recupero la paz y la oración sencilla del corazón. Cuando atardece me marcho para llegar a tiempo a la cena con los hermanos. Ha sido un día con Él.

Es bonito. Y también preocupante si estos momentos excepcionales no sirven más que para tomar una bocanada de aire fresco y volver luego a caer en el día a día. ¿Tendré que ir toda mi vida de retiro en retiro para encontrar a Dios? ¿Qué pasa con todos aquellos que no tienen esta oportunidad, los que no pueden refugiarse con regularidad en un monasterio?

Recuerdo a un grupito de personas que había en un monasterio, al final de una avenida de abedules. Un militar, con sus muchas gue-

rras. Una mujer, madre soltera, y con ella el país que había abandonado. Una mujer y su cáncer. Algunos más. Me hallaba ante *carnes y corazones gastados*… Estaban ahí, y yo debía hablarles de la oración y de Dios, esa *roca de mi corazón*, como escribe el salmista. Si supierais lo *dura* que puede ser esta roca… Hay días en que os encontráis frente a un muro: esas personas están allí para escucharos, pero no pueden añadir un peso más sobre sus hombros. Han venido a buscar un poco de paz, un poco de Dios que llevarse consigo, y vosotros no podéis cargarlos con listas de oraciones que rezar cada jornada. Y, sin embargo, un cristiano reza. Debe rezar. Es lo mínimo, ¿no? Rezar es tener trato con Dios. En efecto, la oración se impone en la vida del cristiano como la fuente vital del aliento de su alma. Permanecer con aquel al que uno ama es a la vez un descanso y un peso, un lugar de libertad y un lugar de compromiso, un campo de batalla y una fuente de alegría.

Entonces se abre paso una cuestión que me propongo desarrollar con vosotros: ¿qué hacer cuando ya no logramos rezar? Es como perder

el aliento; es contener, hasta ahogarnos, la respiración de nuestro ser. Es como cuando, por la noche, en la cama, derrotados y débiles, ya no tenemos fuerzas. Intentamos volvernos hacia Dios, pero eso nos supera por completo, está por encima de nuestras capacidades. Tenemos demasiada angustia para encontrar el sueño, para encontrarlo a Él.

El reto es más grande de lo que parece. Nuestro mundo ya no tiene palabras para conversar con Dios. Los que nos rodean no saben que están dotados de palabras, de ese lenguaje de los ángeles. Es una lengua materna susurrada sobre la cuna. Les han cosido los labios de su alma. Llevará tiempo, tal vez siglos, que recuperen su voz. Una luz: en los días que preceden a la palabra, el bebé se expresa ya con gestos en el vientre de su madre. Debemos, por tanto, encontrar aquello que nos permita estar con Dios sin hablarle siquiera.

¿Por qué esta urgencia? *Estúpido de mí, yo no lo sabía, pero él estaba conmigo* (Salmo 72). Existe la alegría de saber que Dios estaba presente. Y la pena de no haberlo tenido en las horas más oscuras. Dios estaba allí. Dios siempre

está allí. Ante esta afirmación tenemos que partir de lo más bajo de la escala: aun el peor día de nuestra vida, ese en el que estábamos más débiles y desvalidos, tenemos que poder decir: *Tú estabas conmigo*, pero también *yo estaba contigo*. Para responder a este desafío, planteo esta pregunta: ¿Qué es lo que me cuesta menos energía y menos esfuerzo? ¿Qué puedo hacer por la noche, en la cama, aun después de haber enterrado a unos soldados muertos en combate, aun después de haber gastado toda la energía que tenía en alimentar a mis hijos o en luchar contra el mal que me corroe? ¿Qué hacer cuando ya no puedo rezar? En definitiva, ¿cómo puede participar el cristiano, al límite de sus fuerzas, en la vida divina?

Os invito a subir juntos esta escalera, cada uno de cuyos escalones es un verbo: *pensar*, *mirar*, *escuchar*, *creer*, *querer*, *caer*.

ÍNDICE

Algunas palabras para comenzar 11

I
Pensar

Un punto de encuentro 21
Una forma de salvación 25
Pensamientos bienaventurados 31

II
Mirar

Los ojos de Dios 41
Una mirada que salva y que ama 46
Dios ante nuestros ojos 50

III
Escuchar

Escuchar sus pasos 62
Cuando escuchar es hacer 67
Pelar 69

IV
Creer

Creemos 78
Creer como cristiano 82
Estar cerca 85

V
Querer

Nuestro querer en Dios 94
El banquete de la voluntad 99

VI
Caer

Desplomarse 110
Hay que vivir 114
Caminar en Cristo 117

Vivir es seguir su movimiento 121